

Manuel Rojas

León Trotsky y la dinámica revolucionaria



EXILADO de Rusia desde hace algunos años, León Trotsky, o Lev Davidovich, como le llaman sus íntimos, dedica sus días a escribir. Constreñado, en estos últimos tiempos, a no moverse geográficamente e impedido de tomar parte activa en la política de Rusia y del mundo entero, su formidable vitalidad ha encontrado, felizmente, un noble cauce donde vaciarse. Y digo felizmente porque, si la causa activa del proletariado revolucionario ha perdido en él, hasta cierto punto y por ahora, un excelente caudillo, las letras, en cambio, han ganado un escritor de primera fuerza y de gran calidad. Orador, agitador, panfletista, su aporte a la revolución rusa fué decisivo y definitivo. Su inteligencia y su dinamismo hicieron posible el desarrollo normal del movimiento que culminó en octubre; y después de esta culminación, cuando lo menos estaba andado y lo más estaba por andarse, su genio organizador y su inagotable energía contribuyeron a afianzar, en un porcentaje muy alto, lo que ya se había conquistado. Pero llegó el momento—ese momento que llega en todas las revoluciones y que no podía dejar de presentarse en la rusa—en que al ímpetu revolucionario sucedió la reacción revolucionaria, es decir, el temor de que la revolución sea un fenómeno de potencialidad ilimitada que llegue a sobrepasar la capacidad de los que la manejan, escapando así a su control, y Trotsky, menos feliz que

Lenin, que murió tal vez a tiempo, fué echado de Rusia. Sus proyecciones revolucionarias eran demasiado extensas, y su teoría de la revolución permanente, a pesar de su origen marxista, atemorizaba a los que, muerto Vladimiro Ilich, no tenían ya sino sus propias fuerzas y su propia inteligencia para desenvolverse con la pesada herencia de octubre.

Sin embargo, fallecido Lenin, debía reemplazarlo, si es que los méritos servían para algo, Trotsky, presidente del Soviet de Petrogrado en la revolución de 1905, organizador y director de la revolución de octubre de 1917 y creador y generalísimo del ejército rojo, que luchó y triunfó en catorce frentes distintos y a través de una línea de combate de siete mil millas de largo. Pero Trotsky, por otra parte antiburocrático por construcción íntima, no era, desde el punto de vista de la reacción revolucionaria, el hombre adecuado para el cargo. Era hombre hecho para la carrera y no para el tranco burocrático. Su puesto estaba en la agitación, en la lucha; pero ya no había a quien agitar: las masas estaban apaciguadas; ya no había a quien combatir: los enemigos armados estaban vencidos. En buenas cuentas, estaba demás y aun así era peligroso. La revolución era una cosa y el partido otra.

A este respecto, sería interesante saber la opinión que Trotsky tiene de su situación actual. ¿Preferirá la que tiene en el exilio a la que pudo haber tenido en Rusia? Las siguientes palabras de Lunacharsky hacen sospechar algo:

... Trotsky se contempla a menudo. Adora, sin duda, su papel histórico y es capaz de cualquier sacrificio—incluso el de su vida—para quedar en la memoria de la humanidad con la aureola de un genuino líder revolucionario... (*Siluetas revolucionarias*, 1923).

Despedido de Rusia, rechazado de toda Europa Occidental y obligado a tener las manos quietas en el campo de la política militante, Trotsky, el incansable, se encontró, en el declinar de una existencia riquísima en fuerzas, privado de lo que había

constituído su vida desde muchos años. Era para él la muerte; pero Lev Davidovich, con una facilidad asombrosa, con una desenvoltura que sólo se da en hombres de su género, giró su existencia de un golpe. Escribiría.

Y de esta manera, Trotsky, que en otras circunstancias habría sido un hombre perdido para la literatura biográfica e histórica, se convirtió, sin trabajo alguno y en un espacio mínimo de tiempo, en lo que a muchos hombres cuesta decenios: en un escritor. Y dedicado a escritor, como en otro tiempo a agitador, su actividad ha sido igualmente prodigiosa (1).

En pocos años Trotsky ha escrito libros que a otro hombre le habrían llevado toda una vida (2). Ciertamente es que ha trabajado con materiales recientes, escribiendo, en la mayoría de los casos, sobre hechos en que él mismo ha actuado y sobre ideas que están en su ambiente y que él maneja muy bien. Pero lo primero no le ha sido útil sino desde el punto de vista de la narración pura. El hombre que actúa en una revolución, y más si lo hace en una forma tan completa como Trotsky lo hizo, no guarda sino los recuerdos de su propia trayectoria y apenas si algunos detalles marginales. El conjunto de la marcha de un movimiento de

(1) El socialista Sujánov, enemigo político de Trotsky, dice en sus *Memorias*: «Abandonando la labor que realizaba en el Estado Mayor revolucionario, Trotsky volaba de la fábrica de Obujov a la Trubischnaya, de la de Putilov a la del Báltico, del Picadero a los cuarteles, y parecía como si hablara simultáneamente en todos los sitios. Cada soldado y cada obrero de Petrogrado le conocían personalmente. Su influencia, tanto entre las masas como en el Estado Mayor, era aplastante. En esos días era la figura central y el héroe principal de esa notable página de la historia». (Pág. 274, t. II).

(2) He aquí la lista de algunos de sus principales libros: *La revolución desfigurada*; *El gran organizador de derrotas*; *La situación real en Rusia*; *¿Y ahora?*; *Mi vida*; *La única salida de la situación alemana*; *Lenin, tres tomos*; *La revolución permanente*; *Historia de la revolución rusa, dos tomos*; *La revolución española*; *¿Qué es la revolución de octubre?*; *Desde octubre rojo a mi destierro*. Además, folletos e innumerables artículos de toda índole.

grandes proporciones históricas, sobre todo si, como en este caso, se desplaza en un país de tan vasta extensión geográfica como Rusia, es cosa que sólo el tiempo puede destacar. Y una vez destacado, es necesario estudiar cada hecho aisladamente primero, y en conjunto después, sacando de todo ello las conclusiones particulares y generales. Esto no es ya un trabajo sencillo; es necesario consultar, relacionar, aclarar y, más que todo, estudiar lo que fué antes, lo que fué en el momento y lo que fué después. Si tomamos en cuenta que Trotsky, durante mucho tiempo, no gozó de inmovilidad geográfica ni de paz, tendremos que reconocer que su obra literaria es considerable.

Uno de los frutos más espléndidos que han salido de su pluma es, sin duda, la *Historia de la revolución rusa*. La edición española consta de dos tomos de trescientas sesenta y seis páginas cada uno. Hay, además, ocho capítulos que andan sueltos y con los cuales se formará, seguramente un tercer tomo.

No es este un libro anecdótico. Es, más bien, una historia ideológica de la revolución, una exposición y un estudio de los acontecimientos sociales, espirituales y morales que hicieron posible ese extraordinario hecho. Ya lo advierte él en el prólogo:

«La historia de la revolución, como toda historia, debe, ante todo, relatar los hechos y su desarrollo. Mas esto no basta. Es menester que del relato se desprenda con claridad por qué las cosas sucedieron de ese modo y no de otro. Los sucesos históricos no pueden considerarse como una cadena de aventuras ocurridas al azar ni engarzarse en el hilo de una moral preconcebida, sino que deben someterse al criterio de las leyes que los gobiernan. El autor del presente libro entiende que su misión consiste precisamente en sacar a luz esas leyes».

* * *

De entre los capítulos que forman el primer tomo debemos destacar el que se titula *¿Quién dirigió la insurrección de febrero?*

Es, sin duda, el más interesante de todos, y lo es no tanto por lo que dice como por lo que sugiere. En efecto, ¿quién dirigió la insurrección de febrero? Al final del capítulo Trotsky reclama para «los obreros conscientes, templados y educados principalmente por el partido de Lenín», el honor de esa dirección; pero eso es demasiado vago. Una insurrección no puede ser dirigida por personas innominadas, por muy conscientes que sean; necesita jefes y esos jefes deben llamarse de algún modo, ser conocidos por las masas que actúan y tener influencia sobre ellas. Nada de esto hay aquí. Respecto al partido bolchevique, entre los cuales estaban o debían estar esos obreros de que habla Trotsky, podemos leer en la página 117 (t. I) de este libro lo siguiente:

«Los principales dirigentes de la organización bolchevista clandestina, que actuaba a la sazón en Petrogrado, eran tres: los ex obreros Schliapnikov y Zalutski, y el ex estudiante Molotov. Schliapnikov, que había vivido durante bastante tiempo en el extranjero y que estaba en estrecha relación con Lenin, era, desde el punto de vista político, el más activo de los tres militantes que constituían la oficina del Comité Central. Sin embargo, las *Memorias* del propio Schliapnikov confirman mejor que nada que el peso de los acontecimientos era desproporcionado con lo que podían soportar los hombros de este trío. Hasta el último momento, los dirigentes entendían que se trataba de una de tantas manifestaciones revolucionarias, pero en modo alguno de un alzamiento armado. Kajurov, uno de los directores de la barriada de Viborg, a quien ya conocemos, afirma categóricamente: «No había instrucción alguna de los organismos centrales del partido... El Comité de Petrogrado había sido detenido y el camarada Schliapnikov, representante del Comité Central, era impotente para dar instrucciones para el día siguiente».

Tenemos, pues, que Schliapnikov, que había vivido durante

bastante tiempo en el extranjero, que estaba en estrecha relación con Lenin y que por todo esto debía ser uno de los obreros más conscientes, templados y educados, no sabía qué hacer con la insurrección de febrero y, lo que es peor, no sabía qué sucedía. Lo que sucedía era superior a su conciencia, a su temple y a su educación de obrero revolucionario.

Algo más grave sucedía en los otros partidos. León Trotsky dice:

«Uno de los líderes del ala izquierda de los social revolucionarios, Mstislavsky, que se pasó posteriormente a los bolcheviques, dice, hablando de la revolución de febrero: «A los miembros del partido de aquel entonces la revolución nos sorprendió como a las vírgenes del Evangelio: durmiendo». No importa gran cosa saber hasta qué punto se les podía comparar en justicia con las vírgenes; pero que estaban durmiendo todos es indiscutible, (pág. 116, t. I.).

Pero si vago y caprichoso resulta querer dar a esos obreros el honor de dirigir la insurrección de febrero, más lo es suponer, como muchos lo pretenden, que ella se produjo espontáneamente. Los acontecimientos sociales no se producen espontáneamente, y los que así se pudieran producir no tendrían significado ni trascendencia alguna, y no serían, en consecuencia, acontecimientos sociales (!). Desde el momento en que se habla de acontecimientos sociales, se presupone que hay actuación de masas o de clases y hasta ahora ni las clases ni las masas se han movido, por lo menos socialmente, porque sí. Algo hay que las hace moverse y ese algo tampoco puede surgir de repente, como la paloma del carpintero José, sino que es el producto de un proceso tenaz, psicológico o ideológico, o de ambas órdenes a la vez, que se ha venido operando en ellas desde tiempo, desde un tiempo que puede ser largo o corto, no importan su dimensión, y que revien-

ta, a veces inoportunamente y fracasa, y a veces oportunamente y triunfa.

No hay, pues, en la insurrección de febrero nada de espontáneo, si con esta palabra se quiere dar a entender que surgió porque sí y sin que nadie la empujara o dirigiera; como no hay tampoco, pese a los bolcheviques, nada que indique que fueron ellos los que la organizaron y dirigieron. Y los hechos están a la vista.

¿Quién dirigió, entonces la revolución de febrero?

Trotsky comenta:

«Todo lo que sucede en el seno de las masas se les antoja, por lo general, a los políticos fanfarrones del liberalismo y del socialismo domesticado, como un proceso instintivo, algo así como si se tratara de un hormiguero o de una colmena», (pág. 122. t. I).

¿Querrá esto decir que se tendrá por fanfarrones liberales o socialistas domesticados a los que se atrevan a negar que fueron los bolcheviques los dirigentes de esta insurrección? Mucho nos lo tememos. Pero, a riesgo de pasar por tales—cosa, por lo demás, nada agradable—, lo negamos.

La teoría de lo inconsciente colectivo podría explicar, aplicándola a las revoluciones, el proceso que ocurrió en las masas (podríamos agregar: o que ocurre en las masas). Es lo que vamos a ensayar aquí.

Para empezar deberíamos hacer una somera exposición de lo que se entiende por lo inconsciente personal y lo inconsciente colectivo. Pero dado que esas ideas, sobre todo las que se relacionan con lo primero, han llegado a ser comunes, lo juzgamos inútil. Preferible nos parece hablar de sus diferencias. Las de-

nominaciones, en primer lugar, expresan claramente su principal diferencia: personal y colectivo, es decir, que se refiere a la persona la primera y a la colectividad la segunda. Pero esta explicación perogrullesca no es suficiente; es necesario agregar que no sólo hay una diferencia de cantidad sino que también otras más complejas, entre las cuales debemos destacar la siguiente: refiriéndose lo inconsciente personal a una persona, se entiende que con esa persona nace y muere su inconsciente personal (salvo el caso de una herencia patológica), cosa que no ocurre con lo inconsciente colectivo, que persiste, y se transmite y hereda, en aquellos sectores de la colectividad que presentan condiciones especiales de receptividad para éste o aquél proceso inconsciente colectivo. Esas condiciones especiales de receptividad pueden ser mentales o sociales, según el carácter del proceso, u otras menos especificadas y más sutiles. Por otra parte, hay también entre lo inconsciente personal y lo inconsciente colectivo una diferencia de resultados. Los fenómenos que resultan de uno no resultan del otro; sus hechos son esencialmente diversos. Queda aún otra diferencia: la mecanicidad; pero esta diferencia, que puede no ser tanta, requeriría un estudio que sale de los límites de estos ligeros apuntes. Añadiremos que lo que fué un proceso inconsciente colectivo puede tener su expresión exterior en una persona, sin que esto quite que se trata de un proceso inconsciente colectivo. Esa persona, como lo veremos más adelante, no es sino el último receptáculo de éste o aquél proceso.

Estos procesos son bilaterales, por lo menos los que tratamos de establecer: subjetivos y objetivos. Deberían su origen a un hecho acaecido y captado por la conciencia, en la que produce un pensamiento, un sentimiento o una imagen que la conciencia, no pudiendo traducir en acción inmediata, rechaza. (¿Por qué lo rechaza, en este caso? Recordemos que hablamos de una revolución y que los pensamientos, sentimientos o imágenes revolucionarios, sobre todo los que se refieren a una acción revolucionaria, no son siempre oportunos). Rechazado aquello, y como nada de lo

que ocurre en la conciencia desaparece totalmente, pasa a formar parte de lo inconsciente, donde vegeta o prospera según su vitalidad y la intensidad de relación que guarda con los acontecimientos que se suceden y que tienen su misma índole.

Eso constituye el sedimento, la primera capa, la base del proceso subjetivo, que estará ya condicionado por el objetivo y sin el cual no podrá existir. Marchan entonces a parejas. Los hechos exteriores, económico-sociales, en este caso, alimentan el proceso subjetivo y son su estímulo. Si éste desaparece, desaparecerá también aquél. Podríamos decir: si los acontecimientos de cualquiera índole que originaron un pensamiento o una aspiración revolucionaria, desaparecen, es decir, no se repiten o los problemas que provocaron esos acontecimientos se solucionan, la aspiración o el pensamiento desaparecerán también, o, por lo menos, sólo tendrán un carácter pasivo. Pero si no ocurre eso, si, por el contrario, se suceden y aumentan de temperatura, el proceso crece y se irrita; y sólo se detendrá, entonces, cuando los hechos que lo estimulan desaparezcan. En otras palabras, cuando triunfe la revolución.

Trotsky dice, dándonos la razón, aunque no del todo:

«El pensamiento que agitaba a la masa obrera era incomparablemente más audaz, penetrante y consciente que las indigentes ideas de que se nutrían las clases cultas. Es más, aquel pensamiento era más científico, no solamente porque *en buena parte* había sido engendrado por los métodos del marxismo, sino, *ante todo*, porque se nutría constantemente de la experiencia viva de las masas, que pronto habían de lanzarse a la palestra revolucionaria. El carácter científico del pensamiento consiste en su armonía con el proceso objetivo y en su capacidad para influir en él y dirigirlo.» (pág. 122, t. I).

Que el pensamiento de la masa era científico, nos parece mucho decir; sería más adecuado anotar que era lógico y que,

siéndolo, marchaba conforme a las leyes establecidas del pensamiento. Igualmente exagerado nos parece decir que había sido engendrado por los métodos del marxismo; sería más natural expresar que seguía la trayectoria prevista por Marx o por alguno de sus discípulos. En las masas ocurren muchos hechos que no han sido engendrados por Marx ni por sus métodos y que, en consecuencia, no son hechos marxistas, lo que no quita que aceptemos que en los métodos del marxismo esos hechos estén tal vez contemplados y predichos. Es la misma cosa, pero distinta.

Pero estos son razonamientos de otro carácter. Lo que queremos destacar en el párrafo transcrito son las locuciones que hemos subrayado: *en buena parte y ante todo*. No hay duda que la primera ha sido incluida gracias a la buena voluntad y al exceso de partidismo de Trotsky. Se puede, aun en el texto, prescindir de ella; pero no podemos prescindir, en modo alguno, de la segunda, que es el hecho real: *ante todo*. Es decir, que en la masa, independientemente de los métodos del marxismo, ocurría lo que venimos explicando: un proceso inconsciente colectivo revolucionario. ¿De dónde venía o de dónde surgía este proceso?

Los demagogos y los gobernantes, o sea, aquellos que excitan, en provecho suyo y de su partido, la parte más grosera de las masas, estiman que éstas son bloques humanos sin reacciones progresivas, moldeables siempre y, lo que es peor, sin memoria. Psicológicamente, esto es un error; políticamente, es algo más grave: es una desgracia, no para las masas, felizmente, sino para ellos. La masa tiene memoria, no sólo como masa sino que también como organismo compuesto de individuos que tienen, a su vez, memoria. La humanidad, mirando el asunto desde un punto de vista general, ha heredado, en la estructura misma del cerebro, infinidad de imágenes que tienen tanto de sentimiento como de pensamientos, imágenes que subsisten aún o que ya han sido realizadas, pues una imagen que se guarda no es sino una representación a realizar.

Tomemos, por ejemplo, uno de los más grandes pensamien-

tos que el siglo XIX ha dado a luz: la idea de la *conservación de la energía*. Roberto Mayer es el verdadero creador de esta idea. Era Mayer un médico y no un físico o filósofo naturalista, a cuyo alcance hubiera estado más fácilmente la creación de semejante idea. Y es importante saber que la idea de Roberto Mayer no fué *creada*, propiamente hablando. Tampoco resultó por la confluencia de representaciones entonces existentes o de hipótesis científicas, sino que se formó en su creador y le condicionó por completo. Roberto Mayer escribía lo siguiente a Grietsinger en 1844: «Yo no he imaginado la teoría en la mesa de escritorio». (Y luego informa sobre ciertas observaciones fisiológicas, que había hecho siendo médico de barco en 1840-1841). «Si queremos explicarnos—prosigue en su carta—ciertos puntos fisiológicos, es imprescindible el conocimiento de los procesos físicos, a no ser que se prefiera resolver el asunto por el lado metafísico, cosa que a mí me disgusta enormemente. Así, pues, me atuve a la física y me apliqué al asunto con tal predilección, que no me preocupaba apenas del mundo lejano, aunque alguien pueda reírse, sino que sentía el mayor gusto en permanecer a bordo, donde podía trabajar incesantemente, y donde me sentía a ciertas horas, por decirlo así, *inspirado*, como no recuerdo haberlo estado nunca, ni antes ni después. Estando en la rada de Surabaja, cruzaron por mi mente unos relámpagos, que perseguí luego con solicitud, y me llevaron a nuevos objetos. Aquellos tiempos han pasado, pero la tranquila contrastación de lo que entonces emergió en mí me ha enseñado que es una verdad, no sólo sentida subjetivamente, sino que puede también ser demostrada objetivamente; prescindo, naturalmente, de que esto pueda hacerse por un hombre tan escasamente conocedor de la física».

Helm expone en su *Energética* la opinión de que «el nuevo pensamiento de Roberto Mayer no se desprendió lentamente de los conceptos tradicionales de fuerza, mediante profunda meditación sobre ellos, sino que es una de esas ideas percibidas por

intuición, que, naciendo en otras regiones de la naturaleza espiritual, se apoderan, por decirlo así, del pensamiento y le obligan a transformar los conceptos tradicionales».

Pero la cuestión es ésta: ¿De dónde procede la nueva idea, que con fuerza tan elemental avasalla la conciencia? ¿Y de dónde toma su fuerza, que de tal manera puede señorear la conciencia, que la abstraiga de las variadísimas impresiones de un primer viaje a los trópicos? No es fácil contestar a estas preguntas. Pero si aplicamos nuestra teoría a este caso, encontraremos esta explicación: *La idea de la energía y de su conservación tiene que ser una imagen primordial que dormitaba en el inconsciente colectivo.* Esta conclusión nos obliga, naturalmente, a demostrar que esa idea existió en efecto y ha obrado durante milenios en la historia del espíritu. (C. G. Yung, *Lo Inconsciente*, págs. 125-127).

De esta manera queda demostrado, si aceptamos la teoría de las imágenes primordiales, que no sólo la masa, núcleo parcial, sino que también la humanidad, núcleo total, tiene memoria, y, lo que es más decisivo, una memoria inconsciente. Ahora, si nos apeamos de las alturas en que viaja el pensamiento de Yung, a quien, por otra parte, no haría gracia saber que utilizamos sus ideas para explicar movimientos que a él, integrante hoy del partido N. S. alemán, hacen menos gracia todavía, si nos apeamos de esas alturas, decimos, y descendemos al modesto campo de la dinámica revolucionaria, veremos que, en este orden de fenómenos, los hechos suceden de idéntica manera.

En efecto. Si en lugar de milenios ponemos centenios, decenios, o aun quinquenios, pues no es el tiempo lo que tiene importancia, sino el hecho, y si llenamos esos años, aunque sea de distancia en distancia, de pensamientos y de acontecimientos revolucionarios, como ser, en Rusia, el populismo, el decembrismo, el nihilismo, el socialismo, el liberalismo, el anarquismo; las huelgas, las represiones, la revolución proletaria de 1905, las deportaciones, los atentados, los regicidios, las ejecuciones, los

quinientos veintiséis motines de labriegos habidos de 1826 a 1854 y los seis millones cuatrocientos once mil obreros que tomaron parte en movimientos sindicales desde 1903 a 1917; si agregamos a esto las insurrecciones de las nacionalidades oprimidas por Rusia y las tradiciones y las leyendas revolucionarias, entre las que sobresalen, sin ser meramente leyendas, aunque tienen caracteres de tales, las de Stenka Rasin y la de Pugachev, y si recordamos, al mismo tiempo, que todo acontecimiento o pensamiento social no emerge y desaparece sin dejar huellas más o menos profundas en las sociedades, empezaremos a vislumbrar la posibilidad de que en las masas rusas existiera lo que venimos afirmando: un proceso inconsciente colectivo revolucionario, nutrido principalmente y *ante todo* de la *experiencia viva* que esos hechos producían.

(Con esto nos exponemos a que nos digan que existe gran diferencia entre el descubrimiento de la conservación de la energía, hecho por Roberto Mayer y explicado por medio del inconsciente colectivo, y la revolución de febrero, que queremos explicar por el mismo medio. Es un absurdo, dirán, explicar por el mismo medio dos hechos tan desemejantes. Sin duda que existe gran diferencia: uno es un hecho científico; social el otro. Además: ni Roberto Mayer habría podido hacer solo la revolución de febrero ni las masas habrían podido descubrir la conservación de la energía. Pero el uno y las otras, aunque actuaban en campos distintos, debían realizar lo que estaba condicionado y a punto en su inconsciente. Si los hechos son distintos, el proceso es el mismo: fueron necesarios miles de años y millones de pensamientos dispersos y confusos, para que un hombre llegara a descubrir, no lo que buscaba, sino lo que antes de él otros hombres habían vagamente pensado o soñado, pensamientos y sueños que él, debido a su especial estructura cerebral, heredó y que en un instante imprevisto se manifestaron en su mente por medio de unos *relámpagos*. Del mismo modo, aunque en otro orden, fueron necesarios todos los acontecimientos y pensamientos que

hemos enumerado en el caso de Rusia, para que llegara a formarse en las masas una conciencia revolucionaria, una predisposición a la revolución. Los dos hechos, entonces, aunque desemejantes en sus resultados y en su condición, son semejantes en su proceso y en su aparición: no se produjeron espontáneamente ni tampoco fueron dirigidos por nadie. Por otra parte, y respondiendo a la posible objeción, debemos decir que la teoría de lo inconsciente colectivo no se refiere sólo a los descubrimientos científicos. Se refiere también a la religión, a la raza, a Dios, al Diablo, etc. Nosotros hemos agregado la revolución, para que no falte nada).

Al mismo tiempo sucedía otra cosa: un proceso inconsciente colectivo revolucionario no puede ser eternamente un proceso inconsciente colectivo revolucionario. Alguna vez deberá surgir del fondo en que fermenta y aparecen en la superficie de la conciencia, como en el caso de Mayer, para convertirse en acción. Todo lo guardado reaparece algún día. En el caso de las masas rusas ocurría que los acontecimientos exteriores no tenían siempre el mismo sentido: cambiaban, evolucionaban; las ideas sucedían a las ideas y éstas engendraban hechos distintos a los engendrados por aquéllas. Estas ideas no eran de la masa; la masa sólo veía y sentía los hechos, sacando de ellos la experiencia que traían, sobre todo de aquéllos que, sin ser engendrados por las ideas de los hombres, sino por el desarrollo histórico de Rusia, se relacionaban con su condición: los hechos económicos. Y así como los hombres heredaban y superaban sus ideas entre ellos, las masas heredaban y superaban sus sentimientos. (Lo mismo, aunque en otro orden, lo repetimos, sucedió en el caso de Mayer: cada nueva vislumbre o relámpago que aparecía en el cerebro de los hombres acerca de la conservación de la energía, se sumaba a los anteriores y preparaba el definitivo, el que permitió a Mayer realizar su descubrimiento). Pero esto avanzaba: de la masa surgían, sobre todo de la masa del proletariado industrial, que era la más cercana a los hechos, y debido a la presión psicológica,

individuos que se convertían en militantes de este u otro partido revolucionario. Eran la primera expresión de ese proceso, que abandonaba, impulsado por el ritmo de los hechos, su carácter inconsciente, para transformarse en consciente. La segunda expresión fué la masa. Y aquí debemos recordar la última frase de Trotsky que hemos citado:

«El carácter científico del pensamiento consiste en su armonía con el proceso objetivo y en su capacidad para influir en él y dirigirlo».

El pensamiento, sentimiento o imagen, guardado y fomentado durante tantos años en lo inconsciente, refluía y se transformaba en acción consciente. La masa tenía ideas, sugería, proyectaba, hacía, insinuaba.

El Soviet, al tomar sobre sí la misión de armar a los obreros, debía buscar el medio de encontrar armas, cosa que no pudo conseguirse de un modo inmediato. *Eran asimismo las masas las que sugerían las iniciativas prácticas.* (Subrayado por M. R.). A ellas se debía cada paso que se daba hacia adelante en este respecto. Bastaba tan sólo con prestar atención a sus proposiciones. Cuatro años después de estos acontecimientos, Trotsky, en una velada conmemorativa de la revolución de octubre, decía: «Cuando se me presentó una comisión de obreros a manifestar que tenía necesidad de armas, les dije: «¿Acaso no sabéis que el arsenal no está en nuestras manos?» Contestaron: «Hemos estado en la fábrica de armas de Tsestroretsk». «Bien, ¿y qué?» «Pues allí nos han dicho: si el Soviet nos lo ordena, daremos armas». Di orden de que les entregaran cinco mil fusiles, y aquel mismo día los recibieron. Era la primera experiencia», (pág. 292, t. II).

Y podríamos citar innumerables ocasiones semejantes a ésta.

* * *

Estos apuntes, bastante deshilvanados, no tendrían mayor valor si sólo se refirieran a la revolución realizada en febrero de 1917 por las masas rusas. Pero como las revoluciones sociales tienen todas el mismo proceso de formación, aunque no de realización y de resultado, podemos decir que las ideas que hemos expuesto pueden tener, y efectivamente tienen, una aplicación universal. Todo país que haya alcanzado un desarrollo industrial cualquiera, lo cual implica un desarrollo capitalista cualquiera, está destinado a sufrir hechos semejantes a los estudiados. Es una fatalidad histórica, determinada precisamente por su crecimiento económico y por las reacciones que este crecimiento paulatino provoca en las masas, reacciones invisibles e inconscientes al principio, pero no por eso menos reales y eficaces cuando llega el instante de ajustar las cuentas. La industrialización no se alcanza sin revoluciones, y la industrialización misma, ya que el capitalismo, que es su base, no puede ni debe ser un estado social y humano definitivo, será superada por otra revolución.